

Buenos días, caridad

¡EL LUJO

DE LA CARIDAD?

A la caridad le ocurre, por ser tan famosa, lo que a todos los conceptos muy manoseados. Pierde su verdadera significación. ¿Quién no habla hoy de "democracia" o de "libertad"? Pero ¿quién les da hoy a estos conceptos su verdadero sentido? Los regímenes más autoritarios, más despóticos, tiranos, se definen hoy como "democracias". Y de la "libertad" no digamos nada. Para muchos, libre, es hoy sinónimo de libertario o de libertino.

Algo parecido sucede con el concepto de "caridad".

La caridad es considerada como una "devoción". La caridad es negocio de almas piadosas. Si quieres la practicas, si no quieres no la practicas. Dar limosna a un pobre, visitar una choza, organizar una merienda para niños pobres. A eso llamamos caridad. A un ejercicio que consideramos propio de damas piadosas, que organizan roperos, que se sientan en las mesas petitorias, con sus grandes escapularios colgados al cuello. Es una dama caritativa, decimos.

Muchas veces esta clase de caridad es la caridad de "una clase social", caridad practicada más con afanes de ostentación que otra cosa. Producto de organizaciones para dar pábulo a la vanidad.

Entonces convertimos a la caridad, Reina de las virtudes cristianas, en una golfa de salón. Eso que llamamos caridad no es más que un juego filantrópico. Los que tienen mucho dinero y no saben qué hacer con él, los que tienen mucho tiempo y no saben cómo matar el aburrimiento, se dedican a organizar "campañas de caridad".

Pero aún es peor. Con frecuencia hacemos la caridad en son de limosna esclavizadora, en son de limosna altiva. Realizamos eso que llamamos caridad con gesto que lleva más desprecio que amor. Ya no solamente es virtud. Es un crimen. Hay caridades que no solamente son insultos. Son algo más grave: son compra de almas.

En Madrid, durante la guerra civil, los aviones dejaron caer, entre vuelo y vuelo de metralla, sacos con pan y víveres. Los sitiados de Madrid tenían hambre. Pero se daba el caso de hambrientos republicanos que arrojaban con horror a las alcantarillas aquel pan. Aquellos sacos de pan eran un insulto más atroz que las mismas bombas. Preferían morir de hambre, pero con su honor inviolado.

Algo de esto les pasa a muchos cristianos con su caridad. Hacemos la caridad con el gesto de quien lanza sacos de pan en territorio enemigo. Hacemos la caridad pidiendo la rendición de la personalidad humana. Hacemos la caridad al criado para tenerlo más atado a nuestro servicio.

No nos extrañe que cuando hacemos esta clase de caridad se rebelen contra nosotros aquellos mismos a quienes hemos dado pan. Es la dignidad de la naturaleza humana que se esconde en todo hombre, a imagen y semejanza de Dios por pobre que sea, la que se rebela. Se cuenta de un cacique español que en la época de las elecciones se acercó a la choza de un criado hambriento: "Te doy tanto dinero, si en las próximas elecciones me das tu voto". Aquel criado humilde, pobre y hambriento, pero que era hombre y tenía conciencia de serlo, contestó con esta frase maravillosa: "Señor, en mi hambre mando yo..."

No hagamos de la caridad un instrumento asesino de la dignidad humana.

Los comunistas se rebelan muchas veces contra la caridad cristiana. Ellos, desde luego, no son quienes, para darnos lecciones, pues ellos son los más monstruosos violadores de toda dignidad humana en todas sus formas. Pero aprovechamos nosotros sus ataques para descubrir los falsos aspectos de caridad, tal como la practicamos con frecuencia.

La caridad es un precepto, no una devoción. Es un mandamiento, mucho mayor que el de no fornicar o no hurtar o no matar. Es sencillamente el mandamiento que comprende todos los mandamientos. Es la obligación sin cuyo cumplimiento no hay cristianismo. Es el deber que nadie puede eludir, si no quiere ser pagano. No es devoción de mujeres devotas ni de ricos de buen corazón. Es rigurosísimo imperativo de nuestra religión que es esencialmente religión de amor.

Jesús confirmó repetidas veces con sentencias lapidarias que no dejan lugar a ninguna interpretación del egoísmo este precepto que estaba ya formulado de muchísimas maneras también en el Antiguo Testamento: "Amarás al Señor tu Dios con tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el gran mandamiento y el primero. El segundo, semejante a este, amarás al prójimo como a tí mismo. De estos mandamientos depende la Ley entera y los Profetas".

San Pablo, teólogo por excelencia del cristianismo, resume la doctrina del Maestro, después de enumerar todos los preceptos, con esta sentencia clave: "Plenitudo Legis Dilectio" "La Plenitud de la Ley es el amor".

El apóstol San Juan, considerado como el mejor conocedor del Corazón de Dios, nos repite incansable este precepto: "quien ama a su hermano en la Luz mora y en él no hay escándalo. Mas el que odia a su hermano, en tinieblas está" Morar en la Luz es en lenguaje de San Juan, morar en Dios, fuente de toda Luz; y estar en tinieblas es hallarse en pecado. Y prosigue: "nosotros conocemos haber sido trasladados de muerte a vida, en que amamos a los hermanos". La señal de estar en Gracia es amar a los hermanos. El amor, la caridad no es pasatiempo de monjitas o de señoras piadosas, sino cuestión de "vida o muerte". "Todo aquel que ama es hijo de Dios y conoce a Dios". Es decir todo

aquel que no ama no es hijo de Dios, no conoce a Dios. "Quien no tiene amor no conoce a Dios" "Pues- to que Dios es amor".

Y San Juan no se andaba por las ramas, ni escribía su evangelio para ilusionados: "Si alguno dice: sí, yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ve ¿a Dios, a quien no ve, cómo va a amarle?"

En estas frases de San Juan, tan limpias, tan tersas! qué tremenda condenación de la sociedad de nuestros días, que llamándose cristiana, tolera tanta miseria junto a tanto lujo! El cristiano que no sienta dolor por esa miseria ¿cómo puede tranquilo venir a comulgar? El cristiano indiferente a tanta miseria ¿cómo puede pertenecer a la misma religión de Jesús, de Pablo, de Juan evangelista?

El apóstol Santiago nos vuelve a dar otra sa- cudida: "¿qué aprovecha, Hermanos, que uno diga que tiene fe, pero que no tenga obras? ¿Puede aca- so la fe salvarle? Si un hermano o una hermana andan desabrigados y desprovistos del sustento co- tidiano y uno de vosotros le dijere: id en paz ca- léntaos y saciaos, mas no le diéreis lo necesario para el cuerpo, qué aprovecha?"

Cuando a un hermano le falta de lo necesario y a mí me sobre de lo suficiente, la lógica del amor se impone: es un precepto, un mandamiento, una obligación. En estas circunstancias obrar con o sin amor es cuestión de vida o muerte, de salvación o condenación. Es ser o no ser. En estas condiciones la caridad decide si somos o no somos cristianos.

Que no ocurra con los cristianos aquello que en sus tiempos se echaba en cara a ciertos líderes del partido Radical socialista francés bien conoci- dos por sus inmensas riquezas: "muy socialistas y radicales en el corazón; pero más reaccionarios en el bolsillo".

CARIDAD;

PERO SIN OLVIDAR LA JUSTICIA

Estas líneas me las sugiere la celebración en una ciudad centro-americana de una "semana de la ca- ridad".

La ciudad está engalanada de "mantas" que cru- zan las calles con inmensos letreros "Semana de la caridad". Por las paredes hay pasquines invitando al vecindario a sumarse en esta "guerra contra la miseria". Uno de los pasquines representa a un ni- ño campesino completamente desnudo, con su tripa abultada y su cara raquífica, en la soledad de la estepa. Le cubre el más esplendoroso techo que ja- más sultán millonario tuviera: el azul del cielo.

A mí esta semana me está dando mucho motivo de meditación. Mucho trabajo también, porque me he entregado en cuerpo y alma a colaborar en su organización y estoy empeñado como el que más en su éxito.

Pero mientras yo veo al vecindario afanarse en el logro de esta "semana" casi con un espíritu de Kermesse, con jolgorio de ferias, yo me ocupo de ella con sombría fidelidad, casi más triste que serio.

La "semana" hay que sacarla adelante. Claro que sí. Es un deber evangélico. Hay mucha hambre y mi- seria. Se va a organizar el reparto de dos millones de dólares en víveres y ropa para la gente nece- sitada. Y eso lo va a hacer la Iglesia con la colabo- ración de los apóstoles seglares. Hermosísimo.

Pero trabajo con un sentimiento como de que esto no basta. Yo veo a mi alrededor a mucha gen- te que se mueve bullanguera. Esto huele en algu- nas personas tanto a fiesta de sociedad. ¿Ya se dan cuenta —me pregunto— de la trascendencia de esta caridad? Si toda la gente que trabaja en los comités ad hoc tuviera verdadero sentido de cari- dad ¿Se hubieran almacenado en sus barrios tan atroces miserias?

Además de que esta caridad —repito necesaria y admirable por otros conceptos— tiene para las per- sonas que la están manejando estos días una natu- raleza singular. Es una caridad que se hace con lo que otros dan.

Es repartir los víveres y ropas que los católicos norteamericanos envían. Repito, hermosísimo... Pe- ro para nosotros no deja de ser comodísimo.

Es una caridad que consiste en abrir los dos brazos formando una gran cruz; con el brazo de- recho extendiendo recibimos de los norteamerica- nos y con el brazo izquierdo también extendido se lo repartimos a nuestros pobres.

¡Cuánto más bella sería esta caridad con un ges- to más vulgar: bajar nuestros brazos y meter nues- tras manos en nuestros bolsillos y sacar de allí nuestro dinero!

En honor de la verdad tengo que decir que el fin de esta "semana" es lograr que esta ciudad ha- ga el tercer gesto. Esto, no es precisamente que sal- ve, pero sí da honor a la dicha "semana de la ca- ridad".

Pero aún me queda otra preocupación flotando en el ambiente de esta semana. Yo me quedaría mucho más tranquilo si organizásemos una "semana de la JUSTICIA". Este reparto es necesario: va a acallar el hambre de muchísimas familias. ¡Qué alegría tan grande para los cristianos! Pero no es suficiente; porque ella sola no resuelve el problema de la miseria. Así que va a continuar la miseria casi en la misma proporción. Esos dos millones de dólares, en relación con el porvenir, significan casi nada, si tras ellos no viene el programa de la Jus- ticia ¡Qué tristeza!

Sería menester que esas "fuerzas vivas" que se han reunido en comités entusiastas para organizar esta semana de la caridad organizaran un frente de la justicia en la legislación del país. En esta sema- na de la caridad se van a visitar todos los organis- mos funcionales de la República para pedir una li- mosna. ¡Si esto se completase con otras comisiones que fuesen a pedir lo justo, lo debido...!

La "Semana de la caridad" no tendrá éxito completo, sean cuales fueran los resultados que se obtengan, mientras no venga acompañada de otras "semanas" contra el Paro, el Alcoholismo, el Anal- fabetismo, la Falta de Vivienda, el Salario, la Ex- plotación.

José Ramón Alberdi, S. J.